

## EL AVARO DE BARCELONA.



Asustado de su sombra una vez cogió su propio brazo creyendo sujetar al que venia á robarle....  
SEGUNDA SERIE.—1866.

AÑO XXIV. 16



## EL AVARO DE BARCELONA (1).

ó

## LOS CABALLEROS DE LA MERCED.

A principios del siglo XIII vivían en Barcelona dos hermanos, últimos vástagos de una familia tan célebre por su nobleza como por su antigua fortuna.

Llamábase el mayor don Pedro Alamirez y Miron y el segundo Jaime.

Ninguna semejanza tenían entre sí por su diversa índole y carácter. Don Pedro había vivido siempre noblemente, aunque había perdido la mayor parte del patrimonio de sus padres; empero Jaime era muy enemigo del lujo y de los grandes gastos.

Un suceso inesperado vino á suscitar la desgraciada inclinación de Jaime á la avaricia.

Una mañana entró su hermano mayor en su habitación y le dijo:

—Sabes, Jaime, las desgracias que amenazan á esta ciudad. Nuestro digno soberano Pedro II, rey de Aragón y conde de Barcelona, acaba de sufrir grandes reveses en la guerra que hace á Francia por sostener á los albigenses. Deber nuestro es el acudir á su socorro con nuestras personas y bienes.

No se atrevió Jaime á contestar negativamente á estas palabras.

—Eres mi hermano mayor, le dijo, y á ti toca el sostener el honor de la familia. No me toca contradecirte y haré lo que me mandes.... Te ruego, sin embargo, que repares en el estado de nuestro patrimonio por los reveses que hemos sufrido en nuestra fortuna por tu obstinada voluntad en mantener un cierto número de lanzas contra los infieles. Además, eso te toca á ti, y no á mí, pobre segundón, que no tengo más que unas tierras, procedentes de mi madre y que tu munificencia me ha dejado como un puro regalo.

Sonrióse amargamente Don Pedro y le dijo:

—Veo por que hablas con tanta mesura y aparente reconocimiento por tu hermano mayor, porque temes que te pida algún donativo para la defensa de nuestro reino, tu podrás defenderte de este deber de buen vasallo. Libre eres de guardarte tu dinero, empero yo también soy libre de reconocerte por mi hermano.

Asustado Jaime, se apresuró á tranquilizar á su hermano, asegurándole que no resistiría á su deseo, sabiendo que podía mandarle lo que le pedia, y después añadió tímidamente.

—¿Y cuánto piensas tú por tu parte gastar en esa generosa empresa, mi querido Pedro?

—Yo, dijo don Pedro, ¡ni un óbolo! puedes comprender que no me queda más que mi espada, cuando recurro á ti. En cuanto á lo que hay que sacrificar en esta ocasión si estuviese en tu lugar pondría todo hasta mi última blanca.

(1) El conocido suceso del avaro, muriendo de hambre enemigo de sus tesoros, se ha atribuido á muchas ciudades y se ha contado de diversas maneras. Nosotros lo restablecemos en su primitivo origen.

Esta relación está compuesta del extracto de varios viajes, crónicas y de un sermón que sobre la avaricia oímos el año pasado en Barcelona, en el convento que fué de la Merced, en el día 24 de setiembre, festividad de la fundación de esta militar y religiosa orden.

Jaime se enjugó el sudor que cubrió su frente.

—¡Tú eres el primogénito, el jefe de la casa!

—Mañana podrás tú serlo si á mí me matan, replicó don Pedro, empero si vencemos recobremos nuestros bienes sacrificados en la defensa de Barcelona.

Grande era la avaricia de Jaime, sin embargo, era tal el imperio de las circunstancias en aquella época, que se hizo violencia, alargó la mano á su hermano y le prometió estar dispuesto á vender sus tierras, si encontraba quien se las comprase inmediatamente.

Don Pedro abrazó á Jaime y se retiró dejándole en una cruel ansiedad. La avaricia que se albergaba en él, se desarrolló con gran fuerza.

Fiel á su palabra, vendió inmediatamente sus tierras, y la suma bastante considerable de la venta de ellas la puso en oro sobre una mesa aguardando á su hermano.

¡Daba Jaime gimiendo vueltas alrededor de aquella mesa! La vista de aquel oro de que iba á desprenderse, causábale calentura: en aquella primera crisis de su innoble pasión, el desgraciado llegó hasta maldecir lo ilustre de su casa y las obligaciones que este lustre le imponía.

En aquel momento vió enfrente de él, el retrato de uno de sus abuelos, muerto en la batalla de Simancas contra los moros. Estaba pintado, teniendo en la mano un estandarte sobre el que había una cruz de fuego: cercábanle muchos enemigos y un hachazo le corta enteramente el brazo izquierdo que llevaba la bandera que afianzó y sostuvo con los dientes.

La historia de la familia contaba que acudieron en su socorro y que logró á costa de su vida salvar su bandera.

A aquella vista, Jaime exclamó con cólera.

—¡Ah, también yo daría uno de mis brazos por retener mi fortuna!

Acaba apenas de pronunciar estas palabras, cuando desprendiéndose de la pared, el cuadro viejo vino á rodar á sus pies en el suelo.

Trastornóle aquel extraño accidente y se estremeció cual si acabase de recibir un aviso del cielo: lo era en efecto, como mas tarde veremos.

Jaime levantó con respeto el cuadro, contempló por un instante el noble y venerable rostro de su abuelo, y después separándose de la mesa dijo exhalando un suspiro:

—¡Vamos! ¡nobleza obliga!...

Volvió á colocar el retrato en su lugar y aguardó á la llegada de su hermano.

En aquel instante mismo entró don Pedro, pero volvía agobiado de un profundo pesar.

Pedro II había sido muerto en el sitio de Maret. Jaime I, advertido á tiempo con aquella desgracia, reinaba en Aragón y en el condado de Barcelona.

—Traspassado de dolor le dijo á Jaime, me retiro de la corte y mi vida no será larga, empero llevo el consuelo de que á mi muerte llevaréis dignamente el nombre de Alamirez y Miron.

Jaime al oírle se sintió aliviado de un enorme peso: no tenía que separarse de su tan querido dinero.

Fuérle después de esta prueba mas precioso el dinero. Desde aquel día, retirado, solitario en su casa, no pensó mas que en aumentar la suma que constituía toda su fortuna. Felicidad grande encontró para ello en aquella época de perturbaciones, de continuas revueltas.

Al principio observó grande probidad en sus negocios, después se hizo exigente, luego artero y por último un bribón, decayendo mucho en el concepto público.



La mayor desgracia para Jaime y la causa tal vez de que no pudiese un freno á su pasión, fué el gran descrédito en que no tardó en caer. Uno de nuestros antiguos poetas ha dicho con razón:

Es el honor una roca,  
Escarpada y sin orillas,  
El que una vez baja de ella,  
No vuelve mas á subirla.

En efecto, Jaime se desanimó.

—¿A qué portarme con escrupulosa probidad, exclamaba, si nadie me lo ha de tener en cuenta?

No nos proponemos seguirle en la fatal pendiente en que se arrojó hasta precipitarse en el abismo. Su único consuelo, su único goce, su único placer fué amontonar dinero, sin reparar en los medios y á costa de las mas duras privaciones.

Descendió hasta hacerse usurero, y fué un implacable y dasapiadado usurero.

Un día llegóse á él para que le prestase una cantidad de dinero, un caballero noble catalán, Pedro Nolasco, y habiéndole pedido garantía para la devolución del préstamo, le dió éste por fiador á un compañero suyo de armas, que vivía en las inmediaciones de Barcelona, y al mismo tiempo nombro á don Pedro Alamirez y Miron.

Grande fué el embarazo de Jaime al oír el nombre de su hermano mayor, y tuvo miedo de que á conocimiento de éste pudiese llegar la noticia del villano oficio que ejercía. Aparentó encontrar muy buena la fianza.

Por una armadura de Toledo, un caballo de batalla y treinta ducados, Pedro de Nolasco se comprometió por su honor á partir, con Jaime, todo cuanto pudiese ganar en la campaña que contra los moros iba á emprender como caballero voluntario.

Además le dió un documento por el cual pudiese reclamar en caso de muerte el precio total del préstamo de los bienes que poseía en Cataluña y en el Languedoc, prometiendo constituirse prisionero de Jaime en el caso de insolvencia hasta el reembolso de la deuda, segun lo permitía la ley y usanza de entonces.

En aquel mismo año volvió Nolasco de la guerra trayendo consigo prisioneros muchos moros, cuyo rescate debía de dividir con Jaime, empero era necesario tiempo para el cange de los cautivos. Nolasco habia vuelto herido y al pronto necesitaba un nuevo préstamo, no hallándose en estado de devolver el primero.

Negábase á esto Jaime, apremiando para el pago de la primera deuda.

—Cuidad, don Jaime, le dijo Nolasco, que si no me dais los medios de tratar honrosamente á mis prisioneros, entre los que los hay de mucha categoría y distinción, me veré obligado á darlos libertad sin rescate, segun el uso y costumbre entre nobles caballeros.

Irritóse Jaime pretendiendo tener derecho á que se le entregaran los cautivos en prenda de sus adelantos, y de la mitad de los beneficios, pactado con él.

Nolasco exclamaba:

—¡Vive Cristo! qué me negaré á ello, porque os conozco! Capaz serias por avaricia de dejarlos morir de hambre. Son unos valientes caballeros y no quiero que aumenteis el rescate que he fijado de acuerdo con ellos, y no dejariais de hacerlo.

En medio de esta disputa, uno de los cautivos, de noble

estatura y distinguido continente, que acompañaba á Nolasco, tomó la palabra.

Súpose despues que era un príncipe moro.

—No es justo, dijo á su amo, que pierdas el fruto de la feliz campaña. Tengo confianza en tí y voy á darte una prueba sacándote del embarazo en que te pone este judío.

Y al mismo tiempo señaló á Jaime, que arqueó las cejas y se ruborizó al ver que el moro le creía un miserable hebreo.

Al acabar de hablar el moro, sacó de debajo de su vestido un tahalí de tafíete, enriquecido de arabescos caracteres formados con preciosa y riquísima pedrería.

—Este cinturón vale muchas veces mas que el precio de mi libertad y la de mis cuatro compañeros. Puedes asegurarte de ello. Te lo dejo en depósito. Júrame, por tu fé de caballero, devolvérmelo tan pronto como te haya enviado el rescate en que hemos convenido, lo que se se verificará por la primera galera cristiana que tenga un salvoconducto para ir á cualquiera de los puertos del reino de Granada.

Aceptó Nolasco, sin vacilar la propuesta, y á Jaime le acometió un temblor nervioso producido por su avidez. Sus ojos ejercitados en valorar los objetos, acababan de reconocer que el bordado del cinturón estaba compuesto de admirables diamantes. Espresó con vehemencia la codiciosa idea de apropiárselo como una parte del botín de guerra. Fué preciso para aplacar su ardiente ansia, que Nolasco le prometiese una cantidad mas para indemnizarle del rescate demasiado flojo en que habia consentido.

Despues de la marcha de los cautivos, Jaime llevó sus usuras y codiciosos escesos hasta el último extremo, empero nada le satisfacía desde que habia visto el precioso tahalí. Buscaba sin cesar alguna astucia, algun medio para hacerse dueño de él.

La delicadeza habia cedido su lugar á la usura, la usura habia dado entrada á la mala fé, la mala fé no podia menos de haber impulsado al robo, al crimen tal vez.... Es la marcha natural y sintióse arrastrado á ella.

Vivia en una hermosa casa que se habia hecho adjudicar casi por nada á consecuencia de un proceso contra un infeliz deudor.

En su jardín habia tenido el avaro la paciencia de abrir con sus manos y en secreto un espacioso subterráneo para ocultar en él su oro.

Allí pasaba una parte de sus noches sin sueño, porque inquieta su conciencia, no le dejaba gozar de descanso.

Allí cada vez mas infeliz y mas endurecida el alma, pasaba algunas horas aun durante el día á la luz de una lámpara que reflejaba sus macilentos y débiles resplandores sobre los apilados montones de monedas de oro y plata colocadas en derredor suyo.

Siempre temblando de que le robasen su tesoro, veía ladrones por todas partes, y asustado de su propia sombra una vez, cogió su propio brazo gritando y creyendo sujetar al que venia á robar su tesoro.

En esta posición le representa el grabado que damos á nuestros lectores; posición eminentemente copiada, y que el inmortal Moliere ha tomado despues en su Avaro.

Su insaciable codicia calculaba la suma que podria producir el rico cinturón dejado en depósito al caballero Nolasco. Habia encontrado que produciria tres veces el valor de todo cuanto ya poseia. Concibió un acceso de envidioso furor.

Uno de los suplicios del avaro; es la sed devoradora,



inestinguible y siempre creciente de acumular tesoros de que no hace ningún uso.

Regocijábale algunas veces á la idea de que casi se habia pasado ya el año señalado por plazo para rescatar el depósito, de suerte que no reclamándolo nadie, dividiría su valor con Nolasco, discurriendo al mismo tiempo los medios de apoderarse de una parte de la porción de éste, si le encargaba el venderlo, porque la avaricia cuando llega á su mas alto grado, como habia llegado en Jaime, no retrocede ante ningún modo de adquirir el dinero.

Solo faltaban tres dias para espirar el plazo del año. Miraba ya Jaime como seguro el abandono de la prenda, cuando un día el patron de una galera mallorquina le dijo que estaba encargado de una considerable suma de dinero, para un cierto caballero del que debia de recoger una prenda que tenia en depósito.

Jaime palideció al saber esta noticia.

No se acostó en aquella noche, devorábale la ansiedad; formaba mil proyectos á cual mas insensatos, deseaba la muerte de Nolasco, la del patron de la galera, su dolor y su codicia habian estraviado su razon.

En aquel momento entró en su habitacion don Pedro Nolasco y con aire triste y solemne le dijo:

—¡Os anuncio una gran desgracia!

—¡Ay! ¿con que la sabeis tambien? le contestó Jaime con voz lamentable, pensando que le hablaba del cinturón.

—¿Y cómo no saberla, prosiguió el caballero Nolasco cuando acabo de pasar dos dias á la cabecera de su cama y no le he abandonado hasta despues de haber cerrado sus ojos para siempre?

Tan preocupado se hallaba Jaime de su única fija idea que respondió sin cuidarse de comprender:

—¿Qué importan las gentes que salen de esta vida? ¡A los que hay que compadecer es á los que se quedan y pierden las riquezas de que iban á gozar! ¡Ah, Nolasco, si me creyéseis mañana seriais tan rico en oro como el conde de Barcelona!

—¿Es posible, don Jaime, respondió el caballero, que os ocupeis de la fortuna cuando debiera de agoviaros el dolor?

—Tambien me agobia, repuso lamentablemente Jaime y por eso os confieso que hagais todo lo posible por evitar su pérdida.

—¿Pero de que pérdida me hablais? dijo Nolasco cada vez mas sorprendido, ¿hay un tesoro comparable al de que acabais de veros privado?

—Todavía no, y eso lo veremos, exclamó el avaro.

—¡Ay, esa cruel pérdida está consumada, mi noble amigo, añadió Nolasco inundado en lagrimas, qué fortuna pierdo al perderte!

—Entonces son dos las que perdeis, contestó Jaime no pudiendo abandonar su idea fija, y en cuanto al valor de la que nos reclaman, fijaríais mas atencion en esa fortuna, si supierais que los diamantes del tahali de vuestro cautivo valen por lo menos cien mil dineros de oro mozárabe (1).

El caballero dió un paso hácia atras; mirando con desprecio al avaro asustado de sus propias palabras.

—Adios, don Jaime, voy á las exequias de vuestro hermano, y veo, añadió lanzando un triste suspiro, que con él se ha estinguido la noble familia de Alamirez y Miron.

Y le volvió la espalda con el mas profundo desprecio.

Así como el color negro absorbe todos los rayos lumi-

nosos y no refleja ninguno, así la avaricia absorbe todos los nobles sentimientos que puede irradiar un alma degradada por ella....

Jaime comprendió el ultraje de Nolasco y no sintió ni vergüenza ni cólera.

Su alma se hallaba muerta y una demencia real causaba las emociones frenéticas de aquel miserable, y las gentes que le veían y lo trataban lo atribuían al dolor de la pérdida de su hermano, y lo saludaban con tristeza y las palabras de *perdido cruce*, que no se caían de sus labios, les atribuían todos al único pesar, el solo que debia de tener.

Cuenta la crónica que Dios le abandonó del todo y que desde la muerte de su noble hermano, fué guiado por el demonio de la avaricia.

Illuminóse de repente el perturbado cerebro del maldito avaro. De una sola y rápida ojeada trazó su plan para apoderarse en algunas horas de la rica prenda del rescate del príncipe árabe, asombrándose de que no le hubiera ocurrido antes un medio tan fácil.

Compúsose su asustado rostro, vistióse de luto, dió con aparato limosnas á los pobres en memoria de su pobre hermano y procuró captarse la aprobacion general del pueblo y de la nobleza.

Hasta se encontraron razones especiales para disculpar su primitiva mezquindad y miseria. Se habia portado como un segundón de la familia, mientras fué pobre, ahora se trataba del heredero de la casa de Alamirez y Miron....

Entre los cargos que heredaba don Jaime de su hermano, era el de alguacil de la Inquisicion, que don Pedro se habia procurado para ponerse á cubierto de haber aconsejado al difunto rey que socorriese á los albigenses declarados herejes, cargo que jamás habia ejercido y que para é solo fué un título de honor y de seguridad.

Don Jaime fundó sobre él todo su proyecto. Denunció á Pedro Nolasco como cristiano renegado, musulman de corazón, afirmando por prueba que habia dado sin rescato libertad á unos cautivos moros, y añadiendo que conservaba en su poder un tahali del que usaba y en el que con cristales tallados en forma de pedrería estaba escrito el famoso: *No hay mas Dios que Allah, y Mahoma es su profeta*; fórmula que declaraba la apostasía.

No se necesitaba mas para perder á un hombre desde que por boca de los intérpretes se probase que los caracteres árabes podian presentar esta significacion.

En aquel siglo lleno de fervor habia mucha ignorancia y credulidad. Nada era mas natural que la esmerada inscripcion tomada del Corán sobre el tahali de una cimitarra mahometana. Bastaba solo el explicar como se hallaba en poder de don Pedro Nolasco; empero buen cuidado tuvo de evitarlo Jaime.

Merced al cargo que acaba de heredar, debia de examinar todos los objetos que se aprendiesen con inscripciones ó caracteres escritos, para saber si encerraban algun talisman mágico ó cabalístico.

Muy pronto sin comprender la causa vióse Nolasco arrestado en uno de los calabozos de la Inquisicion, y el patron de la galera mahonesa, por un aviso que habia recibido de que se trataba de prenderle, bogaba á fuerza de remo y vela, alejándose del puerto, y Jaime lleno de alegría volvía á su casa con su inestimable tahali, oculto bajo su manto de luto.

El primer cuidado del avaro fué quitar los diamantes del tahali y reemplazarlos con cristales tallados de que con mucha anticipacion se habia provisto, con la esperanza de que

(1) Sobre unos treinta millones de reales, segun la evaluacion de algunos numismáticos.



podría un día sustraerlos, teniendo aunque no fuese mas que por un solo día el cinturón conlido á Nolasco.

Era ya el anochecer, cuando hubo terminado su trabajo. Completísimo había sido el resultado de él. Los diamantes estaban cambiados, la galera mallorquina hujá, Nolasco estaba preso, y en sus manos se hallaba el codiciado tesoro.

¡Era feliz!....

Guardando en su pecho cuidadosamente su tesoro, bajó rápidamente á su subterráneo, y en el transporte de su alegría encendió doce mecheros de la lámpara de bronce que colgaba de su bóveda. Sentóse despues sobre una multitud de sacos llenos de oro y se puso á contemplar con entusiasmo sus inmensas riquezas que acababa de cuadruplicar en aquel día.

En su loca embriaguez se tenía por el hombre mas feliz del mundo. Creía que si quería placeres, acudirían á él al ver sus manos llenas de oro.... Si quería el poder lo tendría, porque su nombre, decía, se remonta hasta Carlo-Magno, que creó los primeros condes de Barcelona, de quienes yo desciendo. De mí solo depende oponerme á Ponce de Cabrera, que va á cambiar, dicen, su condado de Urgel por el reino de Mallorca con Jaime de Aragón, su soberano actual. ¿Lo quieres? ¡Tuyo es ese reino!... ¡puedes pagarlo mas que él!

—¿Quieres vengarte de alguno, Jaime?... Habla, ¿no eres alguacil mayor de la Inquisición, de que tu hermano no supo aprovecharse para su fortuna?.... ¡Tú no tienes mas que pronunciar una palabra, estender tu mano sobre tus antiguos enemigos para verlos arrastrarse á tus piés!.... ¡Oh goces! ¡Todos me obedecéis! ¡No hay nada en la naturaleza que no pueda ser mío!.... ¡Y no sé si el cielo mismo podrá ofrecermé su equivalente de lo que me pertenecerá sobre la tierra!

Acabada de proferir esta última blasfemia, notó que se debilitaba la claridad de sus lámparas y que casi se había consumido en ellas el aceite.

Había pasado sin repararlo la noche entera en su subterráneo.

—Vamos, dijo, á volver á ver la luz del día, á respirar el fresco de la mañana, el perfume de las flores, oír el cántico de los pajarillos y despues volverse.... Démonos prisa, á fémia, que he gastado como un pródigio todo el aceite. ¡Pobre Jaime! ¡Lamentate de que no eres bastante rico para encender luz en tu tesoro real: sí real!... ¡La luz de mis lámparas vacila!... Pero, pero... ¿dónde está mi llave? ¿La llave de la puerta de entrada?... ¡La llave!... ¡No está en la puerta... que se cierra!... (y se estremeció). ¡Que se cierra ella sola de golpe!.... ¡Cielos!.... (y un frío sudor inundó todos sus miembros). ¿Habré dejado fuera esta llave?.... ¡Oh!.... eso sería.... ¡Oh, imposible!.... Sin embargo, yo no la veo, ¿dónde está?.... (Y la luz iba disminuyendo cada vez mas).

—¡Dios mío! añadió despues con furor, corriendo á la cuerda para bajar la lámpara y apresurándose á verter algunas gotas de aceite que quedaban en el fondo de los once mecheros, en el que dejó solo encendido y que cobró vida por algunos minutos, apagados los demás....

—En mi premura, en mi demasiada viva embriaguez habré olvidado sacar la llave... ¡Oh! sí, es preciso llamar... ¿llamar?.... es que.... ¡Es que hay tres puertas y un largo corredor entre cada una de ellas, hasta la escalera del jardín!.... ¡Y la escalera!.... ¡está cerrada por una trampa!... ¡Y la trampa cubierta de tierra!.... ¡No llegará allí nunca la voz!.... ¿Nunca?.... ¡Infeliz! ¡infeliz!.... ¡Malditos diamantes! ¡Que yo los maldigo y son la fuente de mis esperan-

zas!.... ¡Oh, por.... sí.... si.... yo los maldigo! ¿De qué pueden servirme? ¡Ay! si voy aquí á morir sin socorro.... ¡Oh! yo los maldigo, los maldigo.

Uniendo ambas manos con convulsivo arrebato gritaba llorando:

—¡Quién me dará aceite! ¡una gota de aceite! ¡Un puñado de oro por una gota de aceite! para.... para verme morir.

Al llegar aquí, la lámpara dió un gran resplandor, como todas las luces al apagarse, y agitándose sobre la pared la sombra de su propio cuerpo, creyó ver el aspecto de Alá-mirez. La oscuridad del sepulcro había comenzado para él.

Cayó de rodillas, sollozó, gimió, gritó, hasta hacerse pedazos los cartilagos de la laringe.... Corrió furioso contra la puerta, trató de derribarla con sus débiles manos que se herían y aporreaban en su impotente desesperación, y por último, cayó sobre el húmedo suelo, fatigado, agobiado y sin aliento.

Ya desde el primer día le pareció intolerable el horror de su situación. ¡Hubiera dado la mitad de sus bienes por un solo rayo de sol!.... Su suplicio no hacía mas que comenzar.

Al segundo día su desfallecimiento se convirtió de repente en una hambre rabiosa.

Al tercer día le sobrevino una horrible fiebre acompañada de un acceso de furor, mezclado de oraciones é imprecaciones al cielo y al infierno!.... ¡Y el tormento del hambre crecía siempre!.... Aquella horrenda hambre.... parecía sostener sus fuerzas.

—¡Ah! decía, derribando con furor aquellos sacos de oro que tanto le habían costado adquirir. ¡Miserable borron amarillo al que he sacrificado mi vida, y que eres impotente hoy para salvármela! ¿Dónde está tu poder?.... ¡Oh, por un mendrugo de pan.... doy todo cuanto poseo!.... ¡Veinte millones!.... ¡por una onza de pan!.... ¡con un poco de aire y de luz!....

En un acceso de desesperado frenesí, cogiendo un talego de oro gritaba:

—¡Dame tú de comer, tú que por tanto tiempo me has hecho creer que todo lo podías y que el que te tenía lo tenía todo contigo!

Y al mismo tiempo lo llevó á su boca, clavó en él sus dientes, que ensangrentados, se hicieron pedazos antes de que con desprecio tirase el talego sobre los montones de oro que le rodeaban.

Dejóse caer en el suelo invocando á la muerte, una pronta muerte.

¡La muerte venía!.... ¡Empero siempre con su lento y sordo paso, y medido por la justicia divina!

Al séptimo día... ó mas bien á la séptima noche, porque allí no se distinguía el uno de la otra; su completa debilidad y aniquilamiento le sumergió en un sueño lefárgico, del que á cada minuto le despertaba el tormento de su estómago.... y en aquella terrible somnolencia soñaba alternativamente en opíparos y espléndidos festines ó en las comidas de los canibales.... Creíase ser un vampiro.... Pensaba en comer la carne de los muertos.... despues al despertar se hallaba con una realidad, mas horrenda que los sueños....

Recordó de repente la historia de un navio, cuyos hambrientos marineros se habían visto reducidos á alimentarse con los cuerpos de los compañeros, que la muerte ó las enfermedades les ofrecían!.... ¡Sonrióse!....

—¡Carne humana! exclamó con un movimiento de feroz esperanza.... ¡Aquí tengo dos brazos!.... ¡Dos brazos á los que puede alcanzar mi boca!....



Volvamos esta página.

El horrible dolor de aquella horrible comida, aunque por el pronto le reanimó, le debilitó en seguida hasta el punto de que perdió completamente el sentido.

Cuando volvió en sí, le agitaba un terrible vértigo. Parecióle ver delante de sí un espectro, que con una antorcha en una mano, le miraba fijamente, y que en la otra llevaba un puñal con el que iba á atravesarle el corazón.

Aquel espectro se parecía á Pedro Nolasco, su víctima, sepultado por su calumnia en un calabozo de la Inquisición.

El infeliz, con un movimiento de terror, estendió suplicante su brazo izquierdo hácia el que creía una aparición, y esta retrocedió llena de espanto al ver aquel brazo ensangrentado y medio devorado por el moribundo.

Aquella no era una aparición. No era el vértigo el que hacía ver allí á Nolasco. Su presencia extraordinaria no era el fruto de una imaginación exaltada por los padecimientos del pobre avaro.

Era real y verdaderamente don Pedro de Nolasco.

No viendo durante ocho dias adelantar en la Inquisición su causa, de la que esperaba salir absuelto por su inocencia, comenzando á no confiar en ésta, intentó por medio de su puñal, que cuidadosamente y con destreza había conservado, desprender una piedra de su calabozo.

Su constante y obstinado trabajo le llevó á lograr abrirse paso al través de un foso mal cegado, hasta el subterráneo donde sin saberlo don Jaime Alamirez había labrado su sepulcro, contiguo y al lado casi de la prision de su víctima.

Movido de compasión hizo todos sus esfuerzos Nolasco por socorrer al moribundo.

—¡Ay! le dijo éste, ya es tarde, mis males tocan á su término.... pero vos, á quien doy estas riquezas tan fatales y tan inútiles para mí ¡cómo podeis salvaros de las prisiones de la Inquisición! Yo no puedo proclamar vuestra inocencia.... he perdido la llave de este maldito lugar.

—¿La llave? exclamó Pedro Nolasco; ¿no será por ventura esa.... esa que teneis atada en ese tahali que os sirve de cinturón?....

Y era verdad.... Cien veces la había tenido en la mano, sin reconocerla, sin sentirla.

Entonces levantando sus ojos moribundos sobre el caballero y alargándole la mano para salir....

—¡Es la mano de Dios, dijo, que ha estendido sobre el culpado para perderlo..... y sobre el justo para salvarlo!

Nolasco cogió en sus brazos á don Jaime, y sus ojos volvieron á ver la luz del dia antes de cerrarse en la noche del sepulcro.

Se arrepintió con dolor de sus culpas, y es escusado el decir que proclamó la inocencia de Nolasco, que fué reconocida por la Inquisición.

Al volver á su casa el caballero Pedro Nolasco, encontró una carta que le había dejado el patron de la galera mallorquina: era del moro, su antiguo cautivo.

Deciale en ella que gracias á los esfuerzos de su generoso vencedor por convertirle al cristianismo, y el enlace que había contraído con una jóven cristiana á quien amaba, había abandonado la impura religion de Mahoma para abrazar la de Jesucristo.

Añadía en esta carta en que le trataba como hermano, que destinaba el inmenso valor de su tahali, procedente del tesoro de los primeros califas de Granada, para socorro de los pobres y desgraciados.

A la lectura de esta carta, Pedro Nolasco, cuya vida había pasado por terribles pruebas, y sobre todo por la terrible de que acababa de ser testigo, sintió un vivísimo deseo de consagrar el resto de sus dias, en que había visto tantos desengaños, á obras de humanidad, y viendo á un infiel recién convertido dar tan bello ejemplo del modo de emplear sus riquezas, formó el proyecto de consagrarse todo al servicio de su Dios y al alivio de sus prójimos.

Reuniendo en derredor suyo á muchos caballeros valientes, empero escasos de fortuna, los llevó un dia al rico subterráneo de don Jaime de Alamirez y Miron, que le pertenecía por auténtica donacion de aquel infeliz que murió arrepentido de sus culpas y que quizá debió su salvación eterna á las exhortaciones de Nolasco, como había debido á su aparición el salir del encierro á que le había llevado su avaricia.

Allí, despues de haberles contado la historia del avaro de Barcelona, penetró sus corazones de tal compasión por los desgraciados y de tal desprecio por los superfluos bienes del mundo, que los alistó á todos en la mas noble asociación de caridad que jamás vió el mundo.

—Todas estas riquezas, que son mias, dijo, nada valen sino por el bien que pueda hacerse con ellas. Consagro este oro á socorrer y rescatar á los cautivos que se hallan en poder de los infieles, padeciendo la mas grande de las calamidades para una alma noble y altiva, la pérdida de la libertad. Los que no puedan dar su hacienda para el rescate de los cautivos, darán su sangre en las batallas.... Habrá, yo lo pronostico, quien lleve su valor hasta quedarse esclavo en lugar de sus hermanos cautivos, que crearán mas necesarios á sus familias ó que verán espuestos á flaquear en la fé.

Pedro de Nolasco, de acuerdo con Raimundo de Peñafort y el rey don Jaime I de Aragon, á quien Dios en una triple y simultánea inspiración, hizo concebir igual idea, fundó la orden de la *Merced*, colocándola bajo la protección santa de María.

Antes de su muerte recibió Nolasco la sancion del papa Gregorio IX á su santa fundación.

En el primer año, Pedro Nolasco rescató hasta mil cautivos cristianos del poder de los moros, y durante sus funciones de general de la orden de la *Merced*, libertó mas de cinco mil.

Su sucesor, Guillermo de Bas, baron de Algar, tuvo la dicha de aumentar en su tiempo esta cifra hasta doce mil cuatrocientos, devolviéndolos libres al seno de sus familias.

Un siglo mas tarde dejó de ser militar esta orden, pasando á ser un instituto religioso, y sus individuos, que antes peleaban en los campos de batalla, dejaron de combatir para consagrarse á la oración en el claustro, y á la redención de los pobres cautivos, si bien conservó siempre y hasta nuestros dias el nombre de *Real y militar orden de la Merced*.

El reconocimiento público y la piedad de los pueblos, hizo mas tarde que la Iglesia Católica proclamase *Santo*, y colocarse sobre los altares al que los pueblos y los reyes habían proclamado el gran bienhechor de la humanidad y la gloria de su patria!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.



## DE LA EDUCACION PRIVADA Y PUBLICA,

considerada en sus relaciones

## CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

La existencia del hombre, ser misterioso y enigmático, es semejante á una gran cadena, cuyo primer eslabon pende del trono del Altísimo, y casi pone á la humana estirpe por la fuerza de su inteligencia al mismo nivel que los espíritus superiores; al paso que el último le abisma en el lodazal de la mas lastimosa barbarie, confundiendo al hombre con los brutos. Mirad á Copérnico y á Galileo, que con una mano detienen el curso del sol en el firmamento, y con la otra hacen girar la tierra en derredor de ese gran planeta, alumbrador del día. Mirad á Newton, que intenta explicar en un reducido número de palabras todo el sistema de lo creado, y las leyes eternas que rigen el universo y mantienen suspendidos los cuerpos celestes en ese inmenso vacío sin barreras ni límites. Mirad por otra parte al hotentote y á los mezquinos habitantes de la Nueva Holanda, cuya corta inteligencia y cuya habla muy parecida á la farfulla del orangutan, casi les coloca á su lado. Mirad á los primeros, y á los segundos y vereis desde luego como los eslabones de la alegórica cadena son una realidad y no una suposición fantástica ó imaginaria. Pero ¿son la barbarie y la estupidez el estado normal del hombre, ó fué creado con el pleno ejercicio y el uso de todas sus facultades intelectuales para recorrer airoosamente la senda del progreso y del perfeccionamiento de su espíritu? Algunos filósofos, llevados en alas de su absurda misantropía, como J. J. Rousseau, creen que la civilización y sus adelantos han allanado el camino á los vicios mas abominables; otros sostienen con ahínco y sensatez la opinion acontrari.

Nosotros, en atención á que el elocuente sofista ginebrino y sus secuaces han sido refutados victoriosamente, juzgamos ocioso reproducir los argumentos de sus adversarios, y ateniéndonos á la opinion de estos últimos, no dudamos en afirmar que la sociedad moderna tan solo necesita reformas radicales en su sistema de educación privada y pública para no desviarse del camino del verdadero progreso.

Nadie ignora hoy la gran sentencia, convertida por el catolicismo en axioma, de que el principio de toda sabiduría es el temor de Dios: *Initium sapientie timor Domini*. En Dios, principio y fin de todas las cosas; en Dios, legislador, no de una ciudad ni de un reino, sino de todo este mundo y del universo entero, si están poblados de seres racionales los cuerpos celestes; en Dios, personificación de la eterna justicia; en Dios únicamente reside la verdadera sabiduría. El célebre padre Ravignan, antes de formar parte de la augusta gerarquía del santuario, dijo á un publicista francés, que ponderaba algunas reformas introducidas en el código, despues de la Restauración:—«Yo las apruebo y las admiro, pero tenemos otro código mas augusto y universal.—¿Qué código es ese?—El Decálogo, que no necesita, ni necesitará nunca reformas.» Nuestro Balmes, á quien la muerte con su fatal guadaña cortó prematuramente el hilo de la vida, nos ha dejado escritas estas palabras muy memorables: «El Catecismo contiene doctrinas mas universales y profundas que los abultados volúmenes de los filósofos.»

El abate Gaume en su preciosa y erudita *Historia de la Sociedad doméstica*, nos confirma en el terreno práctico lo que dicen Ravignan y Balmes, y nos revela la grandeza del catolicismo, fundamento único del verdadero progreso y del perfeccionamiento del espíritu, mediante un buen sistema de educación privada y pública, que no se separe nunca del temor de Dios, ateniéndose siempre á los preceptos de la buena moral y de nuestra religion santísima.

El temor de Dios es de una índole muy distinta del que nos infunde la perversidad de los hombres; ese temor no es el que nos inspira un asesino, que nos persigue y amenaza con navaja en mano; ese temor no es mas que la fuerza irresistible de nuestra conciencia, que nos revela las fatales consecuencias del vicio, y el bien que nos proporciona el ejercicio de las virtudes domésticas y sociales. En fin, el temor de Dios es el que sirve únicamente de base á la educación considerada bajo todos sus diferentes aspectos, mostrándonos lo que es todavia el hombre en nuestra sociedad, y lo que debe ser. Vamos ahora á entrar de lleno en nuestro argumento.

Lo que distingue principalmente al hombre de los brutos, es el uso de los sonidos articulados, que poniéndole en directa comunicacion con sus semejantes, desarrolla la fuerza de todas sus facultades intelectuales. Los padres de familia, pues, que son los primeros educadores de la infancia, deben acostumbrar á los niños con su ejemplo y los mas sanos preceptos á usar de este don precioso con candor y sencillez, desterrando de sus inocentes lábios la mentira, la astucia, el disimulo; y si es cierto, como acabamos de manifestar, que el uso de los sonidos articulados está estrictamente ligado con el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, ¿no será mas cierto aun, que viciando los unos se desvirtuan los otros? He aquí como se espresa Necker, digno padre de la baronesa Staël, acerca de la grandeza de los sonidos articulados y del torpe vicio de la mentira: «Nada hay tan bello y tan magnífico como la facultad dada al hombre de manifestar sus pensamientos; y el hábito solo puede impedirnos el admirar continuamente este fenómeno tan estupendo. ¡Qué portento es este, que nos ha hecho transmisibles tantas idas, tantas impresiones diversas, tantas observaciones, resultado del estudio y de la esperiencia, tantos conocimientos sucesivos, matizados hasta lo infinito! Todas estas riquezas, propias de la inteligencia, y que forman nuestros pensamientos ó nuestros afectos, los debemos al don de la palabra; á este don únicamente debemos tantos prodigiosos servicios. El pensamiento, que seria tan solo meditativo sin la palabra, y reducido á su sola potencia, habria retardado su marcha y no habria hecho ninguno de los progresos, que debe á la emulacion de las investigaciones y á la mancomunidad de los descubrimientos: la palabra se ha perfeccionado al propio tiempo con la ayuda de los progresos del espíritu, y ya ha sabido pintar gradualmente con la rapidez del relámpago, las percepciones mas útiles y los sentimientos mas delicados. Nosotros podemos admirar separadamente el pensamiento y la palabra; pero su union, su union perfecta es uno de los milagros mas grandes de la soberana inteligencia. En el medio de esta sublime alianza, entre estos dos dones celestes, la palabra y el pensamiento, viene á ocupar un puesto la mentira, ¡qué profanacion!

«La mentira es una especie de contrariedad é interrupcion en el desarrollo de nuestro sistema moral, y por lo tanto es el primer carácter del mas despreciable de los vicios, porque nuestro destino es la verdad.



«No hay ninguna mentira en el mundo físico sometida á nuestras miradas: la aurora jamás nos engaña, cuando viene á anunciarnos la próxima aparición del astro del día; ni la primavera, cuando nos promete el retorno de las risueñas bellezas de la naturaleza, y cuando las ricas espigas del verano se levantan todas juntas con solemne pompa, no se ven caer de su seno granos sin sabor ó sin sustancia ninguna nutritiva. Todo es verdad, eternamente verdad en el lenguaje de la naturaleza y en los signos brillantes que preceden á sus beneficios. Podremos, pues, suponer por analogía, que en medio de nuestro sistema moral, la mentira, esa obra del hombre, es una perversidad, una alteración en el plan general del Ser Supremo.

«¿Podrá no advertirnos un sentimiento interior que la mentira es una ofensa á la Divinidad? El que se propone engañar, forma sus planes y procura ocultar todas sus intenciones á los hombres; pero no podrá jamás sofocar el grito de su conciencia, que le revela á cada paso la gran verdad de que hay un Juez y un Ser Eterno en el cielo, que todo lo vé.»—Necker, *Curso de moral religiosa*, tom. 1.<sup>o</sup>, disc. VI, París, 1800. (En francés).

Del pasaje que acabamos de transcribir se deduce que la educación privada y pública muy estrechamente se enlazan, y que su única base son la religión y la moral. Esta idea nos da á conocer además, que todos los escritores, que se han propuesto tratar de una ú otra separadamente, han padecido un lastimoso engaño. Con efecto, Solon y Licurgo, penetrados de esta gran verdad, formularon leyes que comprendían tanto el régimen de las familias y la educación de la juventud, como el del Estado, y sus constituciones, aunque defectuosas, se perpetuaron por el transcurso de mucho tiempo. No sucedió lo propio en Roma, porque Numa se cuidó únicamente de la organización del Estado. «El divino Platon, dice Leclerc, en su apreciable obra titulada *Compendio del hombre hecho y del hombre por hacer*, trazó un camino en el aire, que no es posible recorrer: quería formar ángeles, cuando no debía formar mas que hombres.» Esto es cierto, pero su república es mas bien un tratado de educación, como dice Rousseau en el *Contrato social*, que una forma de gobierno. Este gran filósofo, pues, no perdió de vista que la educación privada y la pública son de por sí inseparables. Milton conoció también la importancia de esta verdad fundamental; pero en su bosquejo de un plan de educación no generalizó sus ideas ni salió de la esfera de la educación pública, como nos lo pone de manifiesto este pasaje de su obra: «Mucho tiempo ha que estoy persuadido de que un buen plan de educación, sin cuya ayuda la Inglaterra perecerá, sería el mas noble y el mas gran proyecto que se pueda imaginar. El únicamente nos sacaría de la ruina en que nos dejaron hundidos nuestros padres.» Cromwell, durante su protectorado, puso en juego todas las fuerzas de su ingenio y de su inmenso poder para reformar la educación pública de su país, y poner freno á la corrupción de las costumbres de los ingleses, adelantándose en esto á su época y á las ideas emitidas por su secretario Milton. Con efecto, los historiadores mas imparciales convienen hoy en que antes del protectorado de Cromwell, á quien llaman *Príncipe sin vicios ni virtudes*, Londres y toda la Inglaterra no eran mas que un lodazal de abominable corrupción, cuyos gérmenes Cromwell en gran parte sofocó. Montaigne, Locke y el docto abate Fleury, se ocuparon esclusivamente de la educación privada.

Cada cuerpo político no es mas que la colectividad del número de familias é individuos que le componen; y en

atención á que el primero y las segundas no tienen mas punto de partida que los últimos, es consiguiente que los vicios y las virtudes de cada individuo, y su buena ó mala educación ejerzan un influjo muy directo en la felicidad ó malestar de las familias y del Estado. ¿Podrá ser un buen consorte, un buen padre de familia, un funcionario público de conducta ejemplar, un excelente amigo, un honrado ciudadano, el hombre que da rienda suelta á las pasiones mas ruines; el hombre que no respeta su tálamo nupcial; el hombre que huella todos los deberes mas sagrados; el hombre, en fin, que no tiene mas ídolo en el desempeño de los cargos públicos, que la ambición, el egoísmo y la codicia de acumular tesoros sin reparar en los medios de adquirirlos?

Nosotros en varios artículos, anteriormente insertos en este mismo periódico y en el *Monitor del Comercio y de la Industria*, hemos hablado de la educación en general, considerada bajo el aspecto de la utilidad y bienestar de las familias; juzgando, pues, ocioso reproducir detenida y extensamente las ideas ya emitidas, vamos á poner término á este artículo, haciendo una breve reseña de las vicisitudes, á que se han visto sometidas la educación privada y pública desde la caída del imperio romano hasta nuestros días.

Las sucesivas invasiones de los bárbaros en Occidente sofocaron los últimos restos de la civilización antigua; aniquilaron las constituciones, que sostenían todavía el cuerpo político, aunque defectuosas y paganas, y abrieron de par en par las puertas á la anarquía mas desoladora. Entonces toda la Europa se vió sumida en las tinieblas de la mas profunda ignorancia; las últimas reminiscencias de la literatura clásica quedaron sepultadas en el fondo de los cenobios; no hubo formas gubernativas regulares; reinaron por do quiera el terror, la incertidumbre, la violencia; y quebrantados los lazos de familia, no hubo educación privada ni pública sino desolación y tristeza. Dueños los bárbaros de las antiguas provincias romanas, se repartieron sus tierras, y se estableció el gobierno feudal, en que no hubo mas que señores y vasallos. Fué este un primer paso á una nueva organización política, porque comenzaron á reunirse los hombres, que vivían desbandados, como lo observa Guizot en su obra: *La civilización en Europa*; pero no hubo ninguna especie de educación, porque en donde no hay mas que un despotismo feroz y violento y un vasallaje humillante, en donde no reina mas que el derecho de la fuerza, como en el antiguo gobierno feudal, no puede haber sino el ejercicio de un poder despótico y sin límites por parte del que manda, y una obediencia ciega por parte de aquel que se ve en el triste caso de sufrir los golpes que el tirano descarga inexorablemente con su látigo de hierro. En fin, en el gobierno feudal, el vasallo era una máquina y el supremo señor su resorte, ¿podía existir educación privada ó pública en un régimen tan deplorable y funesto? Cuando se desplomó el feudalismo, y tomaron consistencia y fuerza los municipios y las monarquías, comenzaron las familias y los pueblos á educarse. Pero en los gobiernos republicanos de la edad media y en sus monarquías, proclamadas de derecho divino, no hubo mas que sistemas de educación muy viciosos. Todas aquellas repúblicas mal constituidas confundieron los derechos del ciudadano en términos, que su libertad tumultuosa allanó el camino al desenfreno de las pasiones mas ruines y muy perjudiciales á la educación privada y á la pública, que exigen regularidad y moderación. En las monarquías de derecho divino los pueblos y las familias no tuvieron mas norte que la sumisión silenciosa á la voluntad y las órdenes del gobernan-